

# Pasión por leer

LECTURAS PARA COMPARTIR



**Adrián Paenza** (escritor y científico argentino)

Mi vínculo con la lectura se dio a través de la atmósfera que se vivió en mi casa, en donde mis padres fueron (y son) grandes lectores. Las bibliotecas en las casas en las que crecí estuvieron siempre atiborradas de libros expectantes y ávidos de ser leídos. Ver a mis padres que apilaban libros de tan variada naturaleza en sus mesitas de luz, y que los discutían en la mesa, mientras nosotros éramos observadores, fue un llamador sistemático tanto para mi hermana como para mí. El paso del tiempo me hizo mas selectivo, pero aún hoy leo todo lo que puedo, en forma mas anárquica, ciclótica y errática, pero leo. Siempre leo.



H 0022635

Campaña Nacional de Lectura





## LUPERTIUS SE ENOJA LOS JUEVES DE EMA WOLF



El señor Lupertius vivía en Bánfield. Era un hombre tranquilo y de buen carácter, muy cortés con sus vecinos. Pero los jueves se enojaba muchísimo. Cuando le preguntaban por qué se enojaba los jueves siempre contestaba lo mismo:

- Porque el gato de mi prima Elvira tiene pesadillas.
- ¿Y dónde vive su prima Elvira? —lo interrogaban.
- En Don Torcuato.

La historia era esta:

Todos los miércoles a la noche la prima del señor Lupertius miraba la película de terror que daban por la tevé.

Su gato insistía en verla también él, pero después tenía sueños espantosos, se revolvía en la cama y no la dejaba dormir tranquila.

Es por eso que Elvira sacaba el gato al patio. Antes del amanecer, el gato sin sueño se acercaba a la jaula del canario y lo despertaba con un maullido en la oreja solamente para perjudicarlo. El canario se pegaba una espantada infalible y volcaba el comedero lleno de alpiste.

El ruido despertaba a la prima Elvira, que se levantaba cautelosamente con la chancleta en la mano pensando siempre que eran ladrones.

Como no encendía la luz, se llevaba por delante el perchero y se machucaba la frente. Decía una palabrota y entonces sí encendía la luz.

La luz de la habitación de Elvira despabilaba al vecino del fondo que se acababa de acostar porque era acomodador de cine. El hombre aprovechaba para ir a la cocina y comerse una cucharada sopera de dulce de leche a escondidas de su mujer.

El ruido de la heladera al abrirse y cerrarse despertaba a su perro Fido, que se ponía a ladrar como un trastornado.

Por supuesto, eso despertaba a toda la cuadra. Pero la única que reaccionaba mal era la dueña de la casa de altos.

La dueña de la casa de altos subía rápidamente a la terraza, elegía una maceta llena y la tiraba al patio del acomodador con la esperanza de acertársela al perro. Casi nunca acertaba.

Entonces la mujer del acomodador salía en camión al patio con la escoba en la mano gritando que alguien



bombardeaba su casa y se robaba el dulce de leche de la heladera. A continuación llamaba a la policía.

La policía interrogaba a los vecinos tratando de averiguar quién era el autor del hecho.

Cuando llegaban a la casa de Elvira encontraban al lado del teléfono la dirección de su primo Lupertius. El nombre les parecía sospechoso.

Entonces, con todo disimulo, mandaban un detective disfrazado de vendedor de libros ambulante a la casa del mismísimo Lupertius, que vivía en Bánfield.

El falso vendedor tocaba el timbre y se producía este diálogo:

—Vengo a ofrecerle el segundo tomo de la Enciclopedia de la fauna y la flora australianas. Pero antes me gustaría que contestara una breve encuesta.

—¡Cómo no! Pregunte nomás.

—¿Usted acostumbra arrojar macetas a los patios ajenos?

—No.

—¿Y a robar dulce de leche de madrugada?

—¡Tampoco! ¡Por quién me toma?!

El detective tachaba a Lupertius de la lista de sospechosos y se iba sin nada más que hacer.

Pero nuestro héroe quedaba muy enojado. El episodio lo ponía de un humor pésimo durante el resto del día.

Por suerte, eso ocurría solamente los jueves.



Extraído de *Silencio niños*,  
de Editorial Norma.



# AVENTURA EN LA ANTÁRTIDA

DE RICARDO MARIÑO



Era una tarde calurosa en Buenos Aires y el viejo científico y su ayudante habían pasado toda la jornada trabajando en el Laboratorio, intentando arreglar un radio comunicador. Cuando por fin lograron repararlo, el científico aprovechó para ordenarle al robot-asistente que le preparara un refresco. El ayudante prefirió fumar un cigarrillo.

El robot-asistente se deslizó hasta la cocina pero, en el momento de abrir la heladera, el circuito electrónico de su sistema visor sufrió un desperfecto: se le quemó una placa de silicio. A consecuencia de ello, el robot-asistente confundió la botella de "Ultraenanzador-B" con la de jugo de limón.

Seguidamente el robot sacó una cubetera, colocó un cubito en el vaso, sirvió jugo de limón -es decir, "Ultraenanzador-B"- y un chorrito de soda. En ese momento el científico entró a la cocina, agarró el vaso y se bebió el "refresco" de un solo trago.

Mientras el robot enjuagaba el vaso, el científico se apoyó en la mesa porque de pronto se sintió algo mareado. Inmediatamente cayó dormido sobre la cubetera, y en un instante se achicó, hasta medir menos de medio centímetro. Quedó acostado sobre un cubito.

Cuando terminó de lavar el vaso, el robot guardó la cubetera en el congelador.

Al rato, el científico se despertó confundido.

—¿Dónde estoy? —se preguntó asustado—. El suelo es de hielo...qué frío... Dios mío, algo extraordinario debe haber pasado: ¡estoy en la Antártida!

Temblando de frío caminó un poco, pero para cualquier lado hacia donde mirase sólo se veía hielo.

—Si mi sentido de la orientación no falla- se dijo el científico— debo estar cerca de la Base Antártica Argentina. Tendré una media hora de camino...

Pero caminó más de dos horas sin encontrar nada. Los vientos le quemaban la cara de tan helados y tenía los pies agarrotados.

Casi en el límite de la desesperación, el viejo científico pensó en otra alternativa: fabricar un transmisor.

—Si logro emitir señales de radio, podrán ser captadas por el radar de la Base —se dijo, e inmediatamente se puso a trabajar. Al fin, con su reloj de cuarzo, un cortaplumas, la hebilla del cinto, una medallita de plata, dos botones metálicos, un cierre y los cordones de los zapatos logró armar un transmisor.

Ni bien lo tuvo listo, pegó su boca al aparato y dijo: "S.O.S. llamando...S.O.S..."

Lo repitió varias veces sin obtener respuesta. Pero cuando ya estaba por abandonar sus intentos, se escuchó una voz finita que contestaba:

"Sí, lo escucho, afirmativo...cambio."

El viejo dio un salto de contento y tomando el aparato gritó:

"Estoy en la Antártida... atención...estoy perdido en la Antártida... necesito ayuda urgente...cambio".

El ayudante del Laboratorio se puso tan nervioso que no sabía qué hacer. El estaba probando el radiocomunicador a distancia que habían arreglado con el viejo científico, cuando de pronto en el mismo radiotransmisor se empezó a escuchar la voz de esa persona que pedía auxilio desde la Antártida...

"Espere un momento... espere un momento -dijo el ayudante por el radiotransmisor-, veré cómo puedo ayudarlo".

Encima, desde hacía un rato no veía al científico. ¿Dónde se había metido ese viejo loco? Mientras pensaba cómo podía ayudar al hombre perdido en la Antártida, fue hasta la cocina a servirse un vaso de soda.

Se sirvió soda, echó un cubito y volvió al Laboratorio.

Cuando entró nuevamente al Laboratorio, escuchó los gritos del tipo que estaba perdido en la Antártida: "Socorro...auxilio!" gritaba el hombre, desesperado.

"¿Qué le pasa?" preguntó el ayudante.

"Socorro...el bloque de hielo donde estoy parado..."

"¿Qué tiene?"

"Que ahora está flotando sobre un mar de agua con burbujas gigantescas".

"Dios mío..." exclamó el ayudante, "pobre hombre, ¿qué hago?"

Mientras resolvía qué hacer, alargó la mano y agarró el vaso de soda. Pero cuando lo acercó a su boca, escuchó:

"¡Ahhh...! ¡Un ser espantoso me quiere tragar...! ¡Un gigante!"

El ayudante miró entonces el cubito que tenía ante sus ojos y casi se desmayó del susto.

Cuando se repuso, y mientras por el radiotransmisor se seguían escuchando los gritos del otro, fue a buscar una botella de "Ultraagigantador-C".

Volcó luego un chorrito de ultraagigantador sobre el ser microscópico que estaba parado sobre el cubito de su vaso de soda. Un minuto después, el científico había vuelto a su tamaño normal.

Después, de a poco, fueron deduciendo qué había pasado. Y cuando terminaron de cambiarle al robot-asistente la placa de silicio que se le había quemado, el científico dijo:

—Qué lástima... me hubiera gustado tener una verdadera aventura por la Antártida...

En Botella al mar,  
de Editorial Alfaguara



# Infantiles

## Adivina, adivinador

Tengo cola y no soy animal  
y aunque subo muy alto, muy alto,  
de las alas del ave estoy falto  
y no puedo a mi antojo volar.

El barrilete

En Menta Limón,  
de Editorial Kapeluz

## Doña Primavera de Gabriela Mistral

Doña Primavera  
viste que es primor,  
viste en limonero  
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias  
unas anchas hojas  
y por caravana  
unas fucsias rojas.

Doña Primavera  
de aliento fecundo,  
se ríe de todas  
las penas del mundo.

Doña Primavera  
de manos gloriosas,  
haz que por la vida  
derramemos rosas.

(Fragmento)

En Menta Limón,  
de Editorial Kapeluz

Ilustraciones de tapa e interior: Jimena Tello  
Compiladora: Margarita Eggers Lan

## Duende de Gloria Pompillo

Castilla es una región de España. Tavalera es una ciudad de Castilla. Don Garci García era un vecino de Tavalera y vivía por lo tanto en Talavera allá por el año 1450, cuando Tavalera no era todavía una ciudad sino una villa.

Don Garci García era severo y mandón. Tenía una casa grande pintada de blanco, una mujer que se llamaba Doña Juana, y varios hijos con varios nombres. Don Garci García mandaba a los hijos, mandaba a su mujer y, sobre todo, mandaba en la casa. Y, sin embargo, en esa casa tan ordenada a veces se armaba un lío tremendo. La chimenea del hogar se tapaba y todo se llenaba de humo. Las llaves se perdían. El tarro del azúcar aparecía lleno de sal, y en el de sal había harina. Toda la familia tosía con el humo, buscaba como loca las llaves y hacía las muecas más espantosas después de beber la leche.

En medio de todo ese lío, una risita burlona parecía oírse en los rincones, en las vigas del techo o en el balde del carbón.

—Ha sido el dueño de casa el que armó este lío —decían, muy bajito, los chicos.

—¿Yo? —tosía don García, muy enojado—. Yo no he sido.

—No, tú no, hombre —contestaba Doña Juana haciendo muecas—.

—¡Que soy yo el único dueño de la casa, mujer! —gritaba, ya furioso, don García—. ¡Y yo no hago ninguna travesura!

Y ya nadie se animaba a chistar.

Pero, aunque todos se quedaran callados, ninguno se quedaba convencido.

Porque en esa época toda pero toda la gente creía que en la casa habitaba un espíritu travieso. A ese espíritu travieso, que era el que hacía las bromas pesadas, también se lo llamaba "dueño de la casa".

Después, con el tiempo, el nombre del espíritu travieso se fue abreviando. Primero se le dijo "duen de casa" y más, solamente "duende". Y desde ese entonces, ya no hubo confusiones".

En Palabrerío, de Editorial Colihue.

## Pato, Patito

Poesía anónima de Panamá

Pato, patito, pato patuleco,  
qué feo caminas cuando estás en seco.

Pato, patito, vuelve a tu laguna,  
y si estás triste, bébete la luna.

Este es el pato que aprendió curacha  
para zarandearse en la cucaracha.

Pato, patito, pato patuleco,  
qué feo caminas cuando estás en seco.

En Color de ciruela 2,  
de Editorial Kapeluz

